

Soñar con la gloria.

Me había quedado dormido como un tronco de los más soñolientos, con la imaginación llena de letras y el pensamiento en Blanco. Blanco es el tendero de comestibles que vive debajo de mí, ó mejor dicho, en la planta baja de mi casa, porque realmente entre él y yo hay una sombrerera.

Madame Panreliere, creo que se llama la tal.

Pero esto no hace al caso. Yo me dormí pensando en lo poco que produce la literatura, mientras Blanco, que hace tres años se estableció, vive hoy como un príncipe vendiendo bacalao de Fuentesauco y garbanzos de Escocia, ó viceversa; y me dije dando cabezadas: "¡Lástima no poder abrir una tiendecita de ultramarinos para mandar á paseo quintillas y romances y pasar la vida cobrando cuentas, que es mejor que cobrar cuentos!"

Yo era competidor de Blanco en manejar cuartillas. Las suyas eran de aceite, de alubias, de arroz, de mil artículos; pero mientras á Blanco le sonreían las lentejas y le regocijaban las latas, á mí las latas me molestaban y no había legumbre poética que tuviera la amabilidad de sonreirme.

El sueño fué delicioso. Acababa de inaugurarse mi establecimiento, en cuya puerta se leía este rótulo: *La Gloria*. Sobre cada saco, sobre cada pirámide de conservas, sobre cada cajón de higos, había yo puesto un anuncio en verso. Recuerdo el del bacalao, que decía así:

«Prueba que este bacalao
es legítimo de *Escocia*,
el que después de comerlo
queda *escociendo* la boca.»

Y el de la longaniza, que era por este estilo:

«¡Arrugada y fea estoy,
y por fuera un chasco doy
á todo aquel que me guipa;
pero comedme sin tripa;
veréis lo rica que soy!»

Yo era feliz en mi tiendecita modesta.

Estuve mucho tiempo *cortando el bacalao*, cosa que siempre agrada y hasta enorgullece.

Los fideos, enlazándose espontáneamente en forma circular, me tejían coronas de pasta italiana.

Los congrios en escabeche me recordaban constantemente á varios personajes muy conocidos.

El tráfico de la miel y del azúcar endulzaba las amarguras de mi existencia.

Expendiendo chocolate del barato (con regalo de una taza, un par de medias y una pieza de música por cada libra) me hice autor inconsciente de varias intoxicaciones; pero como al tomar la tienda en traspaso, á mi vez traspasé la conciencia, imitando á mis colegas de gremio, nada me inquietaba, y mi ánimo no cesaba de recrearse dando galletas, haciendo de cada botella de aguardiente barato tres de aguardiente caro, y vendiendo quesos de bola ruborizados, *Rocheport* con gusanos postizos y *Gruyere* con orzuelos en los ojos.

Y á todo esto las compradoras guapas me dirigían las mejores miradas de su repertorio y las más halagadoras frases. Yo daba el peso todo lo escaso posible y mi cajón iba

llenándose de plata y de billetes que era un encanto. Y mis amigos (majaderos) me despreciaban al verme convertido en un hortera vulgar (salvo el detalle de los sabañones); pero yo me reía de ellos en sueños, como mi vecino Blanco se ríe de mí en la vida real...

.....
Un fuerte campanillazo me despertó, precisamente cuando acababa yo de preparar unas cuartillas de alubias muy finas para unas parroquianas muy ordinarias.

El campavillazo lo había dado el chico de la imprenta.

—Señorito—me dijo la criada llamándome desde la puerta de la alcoba.

—¿Qué ocurre?—pregunté medio dormido.

—Que viene un muchacho por las cuartillas...

—¡Ah, sí!—repuse bostezando.—Las he dejado junto á la puerta. Que se las lleve y diga que no las tengan mucho tiempo en el puchero, porque se deshacen.

Llenóse de asombro toda la criada. Desperté. Me di cuenta de mi situación y despaché al chico. Y volviendo á la realidad de la

vida, seguí reflexionando, haciendo comparaciones y dándome á los demonios al considerar que mientras la señora del tendero tiene una pieza llena de vestidos, mi mujer tiene un vestido lleno de piezas.

—¡Qué poquito disfruté de *La Gloria*!

Pero no podrá decirse que no he soñado con ella como cualquier artista.

El robo de la Clara de Santa calle.

(POLIZONTE DE UN DESAHOGO LOCO)

“¡No olvidaré aquella vida mientras me quede un soplo de noche!

Primero percibí los ladridos del sereno, después el pito del perro, luego la voz de la camisa que salía en ventana pidiendo portera por la rendija de la socorro...

—¡Guardias! ¡guardias!—gritaba también asomado á su muchacho un sacerdote que estudia para balcón.

No bien llegaron á mis voces aquellas manos, me froté los oídos y dije para mi bronca: “A capote me huele. Vamos allá.”

Encendí tranquilamente dos muchachas alegres que llevaba en el bolsillo, me despedí de una tagarnina que me requebraba, y en menos de media espada llegué á la hora de enfrente con la casa en la mano.

Al mismo portal que yo penetró el sereno en el farol con el chuzo encendido y el tiempo desenvainado.

La portera nos abrió el acento y nos dijo con un portón muy compungido:

—Tengo un cuerpo que no me cabe en el susto, porque en uno de los ladrones hay cuartos terceros.

Al oír aquello nos lanzamos como escaleras por las fieras arriba.

Yo dejé que el primero subiera sereno. La candileja subía detrás con una portera de pábilo mal oliente, y á la espada marchaba yo con la retaguardia desnuda.

Los tres subíamos sin golpear los peldaños con el pecho y conteniendo la respiración en los tacones.

Llegamos al sitio de la inquilina. Ocupaba el cuarto una sola ocurrencia, una señora Plana que era de Castellón de la viuda.

En los cajones de un vecino tenía la fortuna su gorro, según nos dijo un mueble que salió de su señora con un cuarto de dormir en la palmatoria y una cabeza en la mano.

Los fondos habían olido que allí existían Paracuellos de criada, y con el auxilio de una Giloca de ladrones llevaron á robo el

caudal del pequeño cabo que tenía la señora.

Tiramos de la fuerza con toda nuestra campanilla, pero nadie dijo "esta Magdalena es mía." Y mientras la boca lloraba como la puerta de una habitación, echamos abajo la portera y penetramos en ella con el chuzo y el farol.

¡Qué horrible tan aspecto presentaba!

La inquilina descerrajada, la cómoda sujeta sobre el pañuelo con un catre metido en la boca; no había títere con cosa ni concierto con cabeza.

Sobre la mesa de comer hallábanse dos Animas de chocolate, un cuadro de las benditas jicaras del Purgatorio, una lámpara vertiendo leche, un vaso con aceite de burra mineral, dos tortillas de estambre y un gorro á las finas hierbas.

Todo estaba sereno, según vimos el revuelto y yo. Ni en los brazaletes había perchas ni en los estuches faldas.

¿En qué lugar del metido se había hecho el autor de la casa?

Era un deber de captura el proceder á su conciencia, y nosotros con un domicilio temerario procedimos al registro de todos los rincones de la viuda.

Abrimos las trampillas de la criada, y dentro de ella encontramos á la carbonera. E vano derramaron perdones sus lágrimas nos pidió toda clase de ojos. Yo, que tenía malas faldas, la cogí por las pulgas y la hice delatar á los capones después de soltarla de criminales en la cabeza.

La muy remolacha, más colorada que un bribona, dijo que sus dos autores, el *Pelusa* y el *Machaca*, eran los paisanos del crimen.

Mientras tenía yo á la sujeta bien criada el del chuzo de los culpables fué en busca de puntillas, y ¡horror! dentro de una tinaja de ladrones de Fuentesauco encontró más feroz de los garbanzos: al *Machaca*.

¿Sabéis cómo era el periquete? Pues lo diré en un caco.

Bigotes azules y vivos, ojos canosos, nariz aguileña, nariz de paño pardo, chaqueta rotada, mirada incompleta y dentadura torcida.

Sobre la navaja izquierda ostentaba una cicatriz de muelles, y por el gran tamaño de la chaqueta le asomaba una oreja de borsillo.

—¿Qué hace usted metido en esa gamba le pregunté.

—Lo que me da la real tinaja, me contestó.

Entonces agarré al *Machaca* por las tortas, después de arrimarle dos orejas, mientras el *Pelusa* ponía pies en justicia, burlando á la polvorosa. Pero pienso echarle pronto el amor; porque yo tengo mi vecino propio, como cada hijo de guante, y lo juro por la santa *Pelusa* de mi madre: como no caiga la memoria en el poder, me pongo una cabeza en la pistola y me tapo la salsa de los sesos

Señoras templarias.

El asunto, queridas lectoras, es tan delicado, que para su conveniente desarrollo, más bien que la tinta de imprenta necesitaría el aceite de hígado de bacalao.

Algo escribió sobre el mismo tema la ilustrada Salomé Núñez Topete, no recuerdo en qué periódico. (Seguramente no sería en *El Alarido del Contribuyente* ni en *El Faro de la Mondonguería*.)

¿“Cómo suelen ir las señoras al templo? ¿Cómo suelen estar en él durante los ejercicios piadosos?”

He aquí el tema de mi presente trabajo. Pero antes de proceder á tratarlo, séame permitido, como en los sermones acontece, im-

plorar los auxilios de la divina gracia, ya que la gracia humana es cosa que me está vedada por ahora.

*
* *

Yo recuerdo que allá por mis catorce años, cuando comenzaba á fumar y *seguí*a teniendo novia, concurrían las señoras á la casa del Señor modestamente vestidas y con cierto amable recogimiento.

¡Cuánto han cambiado las costumbres!... Ved cómo van hoy á la novena, á la plática ó á la misa de última hora. El sombrero que las cubre no cabe por el postigo del santuario y hay que obligarlo á entrar en dos veces ó puesto de canto. ¡Qué de coliflores, zorros, plumeros y montañas, con su ermita y todo, constituye hoy la tãpa de los sesos de nuestras apreciables señoras! ¡Cualquiera ve la misa, por muy mayor que ésta sea, teniendo delante una dama de esas cuyo sombrero tapa los altares antes de que llegue la semana de Pasión!

—¿Por qué no habrá dejado *todo eso* en la sacristía?—murmurará el infeliz ante el

cual se haya plantificado una gentil señorita espléndidamente ensombrerada.

Respecto á los trajes, no vemos hoy en la iglesia más que un verdadero derroche de lujo, ni observamos más *recogimiento* que el de las crujientes faldas, tan apretado á veces que pone de manifiesto curvas capaces no sólo de quitar la devoción á los fieles, sino de hacer tambalearse á todos los santos de la santa casa en sus pedestales y hornacinas.

Una vez en el templo las devotas, procuran no mortificar mucho su cuerpecito más ó menos serrano arrodillándose en el santo suelo, que ahora generalmente es de madera, aunque no de palo santo, como parecía lo natural, y antes de saludar á la imagen predilecta corren en busca de sillas donde poder oír la divina palabra ó pedir el pan de cada día.

Antiguamente sólo había ruedos de pleita sobre los cuales oraban de hinojos las enmantilladas señoras. Hoy, el reclinatorio de paja fina ó de tapicería bien educada sustituye á los ruedos toscos, gracias á lo cual la faldita de *fular* sale incólume del templo (más incólume quizás que el espíritu de su elegante dueña) y no deja de maravillarme que todavía no haya carricoches eléctricos destinados

á conducir á las damas desde el pórtico del santuario al sitio de los reclinatorios, haciendo, por de contado, escala en la pila del agua bendita, de esa agua que lava los pecados veniales y que por estar siempre en el templo tiene el deber de estar siempre templada.

Lo más chusco en punto á comodidad para la oración es que no sólo la buscan hoy las señoras: también los hombres procuran arrellanarse en amplios bancos, cuando no en sillas de preferencia.

*
* *

El asalto y la ocupación de sillas y reclinatorios, fuente considerable de ingresos para parroquias y rectorías, es cosa curiosa por demás, particularmente en las grandes fiestas.

—Señora, esa silla es mía—gruñe una respetable feligresa.—La he pedido yo antes.

—La digo á usted que no—replica la ocupante.—Me la tiene reservada Serafín desde el triduo del año pasado.

—Falta usted á la verdad... ¡Parece mentira que no respete usted el sitio donde se encuentra!

—Pues la silla es para mí, por buenas ó por malas.

—¡Qué barbaridad!... ¡Vaya una señora!..

—Más que usted.

—Otro día tráigase una *chaise longue*.

—Y usted un catre con *sumidero*.

Una tercera devota coge entretanto la silla en cuestión y se la lleva bonitamente, no llegando á las manos las dos aspirantes al santo mueble gracias á que pasa por allí un padre (no sé si Fructuoso ó infructuoso) y las exhorta cristianamente para que depongan su actitud, tan impropia del sagrado lugar como los vestidos de blondas y encajes y los sombreros de ranas y brevas.

Hoy las sillas, los bancos, los divanes y los reclinatorios, reemplazando á las primitivas losas frías y después á los amarillentos felpudos, ofrecen galantemente á las oradoras (á las que oran) la suficiente comodidad para que el tiempo no se les haga largo durante los ejercicios piadosos, que una dulce y amable música suele encargarse de amenizar.

No hablemos de las viejas que en el templo se duermen al arrullo de los salmos de David; de las jóvenes que, mirando al novio,

no advierten que tienen abierto al revés el devocionario; ni de las amigas que, tras prolongada ausencia, se vuelven á ver en la iglesia y se enredan en larga y animada conversación, cual si estuvieran en un banco de Retiro.

Claro es que todo lo dicho respecto á la comodidad y al lujo en la casa de Dios no reza (aunque de rezos hablamos) con esas pobres mujeres que, tanto en los tiempos de D. Fruela como en los de D. Segis, halláronse y se hallan imposibilitadas de dar una triste moneda al portador del sonoro cepillo. Para esas, el bendito suelo ó, cuando más, la sillita de tijera, constituyen todo el *confort* eclesiástico, á no ser que hagan una que cierta desnaturalizada beatona, que un día, después de llevar dos horas sentada oyendo cantar toda una misa, con sermón y reserva, púsose en pie súbitamente porque el asiento comenzó á llorar. ¡Era un infeliz sobrinillo suyo que, puesto á gatas, la servía de banqueteta en todas las funciones religiosas!

Dios, que desde su elevado sitial, y afortunadamente sin necesidad de gafas, ve todas estas cosas, probablemente hará senta-

á su diestra, no á las perfumadas frecuentadoras de templos que dejan el automóvil para tomar el reclinatorio, sino á las que han desgastado las losas con las rodillas, ó, tras de luenga caminata, rezan y rezan á pie firme; porque muy justo es que, después de esto, descansen un buen rato en las mullidas butacas celestiales, que á todas os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Carnavalerías.

¿Quiere usted saber, amigo lector, lo que opino sobre los encantos que nos ofrece el Carnaval de estos tiempos? Pues verá usted: Si no llueve, animación en calles y paseos y profusión de serpentinas ó *solitarias* de colores. Si llueve, *confetti* en gotas á la intemperie y *apreturas* en los bailes bajo techado. Ni más, ni menos.

Recuerdo que en otros tiempos se organizaban comparsas numerosas y bien trajeadas. Ahora no salen más que grupos de *capitalistas* que llevan los miembros descaballados ó que andan mal de la vista, pero que tienen humor para ir tocando la guitarra, ora en calzoncillos, ora con las enaguas de sus apreciables señoras; estudiantinas anémicas de horteras rubicundos y tunantones, que piden dinero á las muchachas derrochando para ello un ingenio bubónico que da lás-

tima: y finalmente, comparsas de zánganos con tonelete blanco por fuera y vino tinto por dentro que caen sobre el transeunte sin compasión, después de danzar sobre los adoquines, que es como si danzaran sobre sí mismos.

Respecto á los disfrazados sueltos, son y serán siempre de dos clases, por razón de las castañas con que obsequian: máscaras de *marrón glacé* y máscaras de castaña pìlonga.

Las primeras se dedican á dar bromas á las señoras de la alta sociedad, haciéndolas *de reir las tripas*, regalándolas bombones é indisponiéndolas de paso con sus maridos ó sus prometidos correspondientes, lo cual es de un efecto delicioso para los interesados.

A la otra clase de mascaritas tienen la honra de pertenecer el oso, el del *alhigú* y los gitanos feroces. Se diferencian de las anteriores en que obsequian con pellizcos y puñetazos y en que visten riquísimos trajes de estera vieja, colchas en mal estado ó camisas de mujer, ilustradas por delante y por detrás con rojizas viñetas prerrafaelistas del más delicado gusto, siendo complemento de tales disfraces la careta con abolladuras, la

escoba desahuciada ó el paraguas sin tela conocida.

No sé cómo hay quien va á pasear entre las máscaras en los días de Carnaval, exponiéndose á que le den *latas* bochornosas é insípidas, como si no recibiera bastantes á cara descubierta durante el resto del año.

Las bromitas que más abundan son las de ingenio negativo.

—Adiós, Mariquita—decía el año pasado un pierrot fúnebre á una amiga que iba paseando rebozada en *confetti*.—Tú no me conoces y yo á ti sí.

—¡Como que tú llevas careta y yo no!—contestó la joven tranquilamente.

—Pues yo á ti sí te conozco.

—Bueno, ¿y qué?

—Que sé quién eres tú.

—Me alegro.

—A quien no conozco es á ese mascarón vestido de mujer que te acompaña.

—No es máscara.

—¿Pues quién es?

—Mi mamá.

—¿Y por qué lleva careta de perro?

—¡Si es su cara natural!

—¡Ja, ja, ja, ja!

El pierrot desapareció y la madre de Mariquita quedó montada en cólera, hasta que la obligaron á apearse las reflexiones de un capellán castrense amigo suyo, que á la sazón paseaba por allí.

—¿Pero ha visto usted, señor cura, qué mal educan á las máscaras en este país?—dijo la ultrajada.

—Repóngase y no haga caso—la contestó el capellán.—¡Si ha sido una broma! Demasiado sabemos todos que su cara de usted no es de perro precisamente, por más que haya cierta semejanza...

A veces las bromas de Carnaval contribuyen al descubrimiento de líos ocultos, y se aprovechan de la ocasión las esposas escamadas para hacer sus averiguaciones. Pepita Panderete, casada con el tunantón de Agapito Romboide, logró, á fuerza de muchos ruegos, que su esposo la acompañase al paseo de las máscaras en la seguridad de que cierto indiscreto amigo, vestido de diablo verde, había de darles broma con una querida que se echó Agapito y, por lo tanto, había de revelarlo todo.

Ninguna ocasión mejor para descubrir al infiel y recriminarle en público.

Efectivamente: después de dar cien vueltas sin resultado, por fin se encaró el diablo con el matrimonio y en seguida entró en materia.

—Pepita, tengo que contarte muchas cosas—dijo el amigo verde, mordiéndose la punta del rabo.

—¿Sí? Cuenta, cuenta.

—Ya sé que todos los días mientras tu marido está en la oficina recibes á un electricista cojo y algo extremeño.

—¡Mentira!—gritó Pepita, poniéndose más colorada que un pimiento *morrongo*.

—¡No lo niegues! Tiene un lunar que pasa de castaño obscuro en la boca del estómago y se llama Tiburcio Cachondínez.

—Pero, ¿es cierto?—dijo Agapito, cayendo sin sentido, pero en blando, sobre una noriiza de Pontevedra.

—Lo del lunar, sí es cierto—repuso cínicamente la esposa desleal;—pero lo de la visita diaria es una calumnia infame, porque Cachondínez y yo sólo nos vemos los jueves.

Como era natural, sobrevino la catástrofe.

No sé de qué modo se verificó. Lo único averiguado es que dos horas después, en la casa de socorro más próxima al lugar del

suceso, echaban medias suelas á la nariz del diablo, daban friegas al pobre Agapito con salsa tártara para que volviera en sí, y asistían á Pepita en su anticipado alumbramiento, que daba por resultado la venida al mundo de un feto de cinco bujías.

Hay que convenir en que si no fuera por estos lances, el Carnaval resultaría completamente soso, á pesar del movimiento de gentes; porque aquí no podemos divertirnos con el *Buey gordo* y otras fiestas que en París animan y solazan al vecindario. Y no es que falten bueyes gordos aquí donde los conocemos de todas dimensiones; es que lo más que se les ocurre á las autoridades es ofrecer premios á los ciudadanos que mejor imiten en sus disfraces á los animales, hasta el extremo de que no ha de faltar algún vanidoso que llegue á poner en sus tarjetas:

Patricio Lentejuela

Oficial 2.º de Administración
y escarabajo premiado en el último certamen
carnavalesco.

Zoología aplicada.

Gorgojo Martínez, después de licenciarse en *Salamandra*, se enamoró de *Luciernaga* Pérez, amiga suya de la infancia y *sardina* carnal de un tal Don *Leopardo Canseco*, acreditado *ortóptero* que tiene tienda de *gamos* frente al *Cangrejo* de los Diputados. Mas *Gorgojo* estaba casado con *Vaquita* López, la hija de un *caballo-erizo* de S. M., por más señas *marciélagos*, del propio Murcia.

Ciervo día (el día *lince* de Enero) la pobre *Vaca*, después de desayunarse con una *jirafa* de *cachalote* con pedazos de *can-guro*, una ensalada de *lechuza* y una copa de *champagne Codorniz*, cuya botella descorchó un *tiburón*, se asomó á la calle dándose gran *mono* con una *carpa* de raso muy *larva* que había estrenado el día de su *boa*.

Aunque á *Gorgojo* le dolía un *gallo*, dijo que iba al *Conejo* supremo de la Guerra, y

se fué, después de oír á su esposa estas frases:

—¡No puedo vivir sin *titi*! ¡No te engañaría aunque me pretendiese el *elefante* Don...

En cambio, *Gorgojo* era un *lenguado*; porque en la calle le esperaba *Filoxera* Gómez, *corredera* de alhajas, que tiene más sabiduría que *Salmón* y que siempre *Ballena* de sortijas.

—No me *ganso* de repetir á usted—dijo á *Gorgojo*—que *tenga* cuidado y no *zorra* tanto; que al fin y al *pavo*, de usted será *Luciérnaga*. Lo demás es *ánade* de fastidiar. Saque usted de la *gaviota* billetes de *pez* en cuando; pero como se contenta con *foca* cosa, no es preciso que *tigre* usted el dinero con ella, que aun así, es incapaz de darle ningún *camello*.

—Habla usted *hiena* de *ratón*, y me doy por *vencejo*—la dijo el infiel. *Perro* no me *grulla* usted más, porque usted se *mosca* por todo y suele tomar el *tábano* por las hojas.

—*Reno*; me ha *bicho* la pobre *chiva* que si su tío la *abeja* salir, le espera á usted junto al *cisne* de la Puerta de *Chocha*.

—¿De modo que yo *corzo* el *bacalao*?

—Si por *cerdo*.

Vaquita López lo había oído *topo* desde un *halcón*, aunque la impedía *mirlo* bien el ruido de la *oropéndola* de su reloj de *cuco*.

¡Pobrecillo! Sumamente *cogujada*, porque *ardilla* en celos, montó en *hidra* y la sentó mal el *cachalote*, y aunque había tomado cierta *pulga*, cuyos anuncios venían *insectos* en *toros* los periódicos, cayó en la cama (en la que estaba mal por *langosta* que era) y allí murió de un *pólipo* miserere sin lanzar un *grillo*, no obstante la *tortuga* de que era víctima.

.....
—¿*Cabra pasado*?—se preguntaban las *comadreja*s del barrio.

—¡Ya *avestruz* lo que son las cosas!—dijo una de ellas á la *ostra*.—Yo *colibrí* desde luego que *Gorgojo* no era *liebre*; que estaba casado en segundas *nutrias*.

—A ese—añadió una *ternera*—no le salva ni el *bucy*: á ese le hemos de ver tocando la *pantera* por las calles, y cuando nos *pida* una *li-morsa*, le diremos:

—¡Dios le *cotorra*, hermano!

Astronomía pura.

El inspector de primera enseñanza no quiso descansar. Era la primera vez que ponía sus oficiales pies en la escuela de aquel pueblo, y á ella se dirigió inmediatamente, dando principio al examen de párvulos, el más listo de los cuales fué interrogado por el inspector, que quiso ver á qué altura se andaba por allí de conocimientos astronómicos. He aquí el interrogatorio:

—¿Conoces algún astro de primera magnitud?

—Sí, señor: el diputado del distrito.

—¿Y sabes dónde está *Saturno*?

—¿Saturno López? En el molino.

—¿Y *Mercurio*?

—En el termómetro.

—¿Y *Venus*?

—En el estanco. ¡Vaya una estanquera guapa!

- ¿Dónde están las *Cabrillas*?
- En el ganado.
- ¿Y los *luceros*?
- En el rostro de la sobrina del cura.
- ¿Habrás visto el *lucero del alba*?
- Sí, señor: cuando estuvieron aquí los zarzueleros.
- ¿Conoces la *Osa mayor*?
- Es la suegra del médico.
- ¿Y los *puntos cardinales*?
- Son los hijos de Cardín, el juez. ¡Buenos puntos están!
- ¿Se ve desde aquí á *Neptuno*?
- No, señor, porque está en la plaza de Cánovas.
- ¿Sabes algo de la *Tierra*?
- ¡Ya lo creo! Como que mi padre es ladrador.
- ¿Cuántas zonas tiene la tierra?
- Aquí tres: la tórrida está en la torre, la templada en el templo y la glacial en el sótano.
- ¿Has oído hablar de la *aurora boreal*?
- Sí, señor: de doña Aurora Boreal, que es la mujer del boticario, todo el mundo habla.
- ¿Sabes qué son *Cometas*?

- ¡Anda! ¡Si son nuestro juego favorito!
- ¿Y qué me dices de la *luna*?
- Que ahora están en ella (en la de miel, por supuesto) Pepe Urano y la hermana del sacristán.
- ¿Hay *cuartos* en esa luna?
- No, señor; lo están pasando medianamente.
- ¿Será *luna nueva*?
- ¡Quiá! ¡Si los dos eran viudos!
- ¿De modo que, según tú, no hay *cuartos crecientes*?
- Sí, señor: los del rematante de consumos.
- ¿Y *cuartos menguantes*?
- Los de mi padre.
- ¿Has visto las *estrellas* alguna vez?
- Muchas. ¡Me han dado cada zurra!
- ¿Cuáles son las *esirellas fijas*?
- Las de mi tío el capitán, que está de reemplazo.
- ¿Y las *estrellas errantes*?
- Los novios de mis hermanas.
- ¿Brillan mucho?
- Sí, señor; pero se pierden de vista.
- ¿Qué es movimiento de *rotación*?
- El que engendran cuando bailan.

34259

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avdo. 2025 MONTERREY, MEXICO

—¿Y de *traslación*?

—El que emplean cuando se acerca mi madre.

—¿Puedes ponerme un ejemplo de *nebulosas*?

—Sí, señor: las cuentas municipales.

—¿Qué me dices de *Marte*?

—Que es un planeta aciago.

—¿Hay un solo *Marte*?

—No, señor: martes hay muchos. Lo sé por el calendario.

—Pues si este pueblo es una especie de firmamento donde hay de todo, no faltarán los *signos del zodiaco*.

—Algunos hay; verbigracia: *Piscis*, en la piscina; *Acuario*, en la taberna; *Cáncer*, en la nariz del tabernero.

—¿Y *Libra*?

—En las tiendas de ultramarinos.

—¿Y *Virgo*?

—¡Eso sí que no lo sé!

—¿Conoces más estrellas?

—La *Stella matutina*.

—¿Y esa hacia dónde cae?

—Hacia la letanía.

—¿Ha caído aquí algún *bólido*?

—Sí, señor: el mes pasado.

—¿En qué forma?

—En forma de recaudador de contribuciones.

—¿Causó mucho daño?

—En mi casa, sí, señor; como que á consecuencia de él tuvimos un *eclipse total* de pesetas, *visible* para todos nuestros abastecedores.

—Veo que eres listo y precoz en sumo grado. ¿Cómo te llamas?

—Polo Soldevilla.

—¿*Polo Sol-de-villa*? ¡Hasta en eso eres astronómico! ¿Y qué tal andas de escritura?

—Sé firmar solamente. Aquí todos sabemos firmar.

—¡Cuando yo decía que esto era el *firmamento*!...